

Joan Miró y su obra gráfica

Esta exposición de Joan Miró nos pone en contacto con lo más significativo que en grabado ha realizado el artista en los últimos años. En esta técnica ha realizado Miró una gran labor, una labor paciente, sensibilizada al máximo por este primario cariño que ha demostrado siempre este artista por el arte como sentido utilitario, como flujo dinámico, como poder absorbente de la savia de esta tierra que hollamos.

Miró artista, es actualmente ampliamente conocido en el campo del arte. Dedicados al estudio de su obra encontramos a los más solventes críticos contemporáneos. No hace mucho se han publicado entre nosotros dos importantes monografías del artista: «Miró, su obra gráfica», donde se estudia precisamente el grabado motivo de esta exposición que comentamos, y «Atmósfera Miró» donde se hace lo propio con una síntesis de su obra toda y de los objetos vitales con los que Miró rodea su mundo.

No intentamos descubrir nada nuevo con estas notas, ni menos profundizar en las causas que han motivado el encumbramiento del artista en los medios internacionales del arte. En cambio sí queremos hacer hincapie de que el artista es ya actualmente un exponente de una época lúcida, centrada en este tiempo nuestro, y casi intocable en su peana hecha de laboriosidad creadora. Porque Miró, esto nadie podrá negarlo, es un trabajador infatigable, un hombre que cerrado en sí mismo ha agotado hasta el máximo sus posibilidades como creador y como hombre en un momento histórico del arte. Revolviéndose en sí mismo, valorizando la minimización de su puro dintorno, ha permanecido sordo a toda voz extraña que no retumbara fuerte en su pecho, y ha atendido solo a las voces de su esencia originaria y de su primitivismo conciente, que desconoce en forma absoluta todo prejuicio gregario de escuela o de objetivo premeditado a largo plazo. Así como el peso y la revolución —y también los estragos— que ha ejercido Picasso en el arte contemporáneo son abiertamente tempestuosos, Miró ha dado a conocer al mundo del arte el verdadero silencio, cuyo fondo no es ni ha sido otro que callar abriendo el pecho a la primigenia evolucionar del subconciente, cuando esta responde abier-

tamente a una necesidad «necesaria», aunque oculta en la propia superficialidad de nuestra vida actual, que se proyecta en demasía hacia lo ancho y no hacia lo hondo de nuestra significación responsable.

Quizá esta proyección mironiana le lleva o le ha llevado ya a la esterilidad, y este agotarse a sí mismo haya abierto una profunda grieta en la eficiencia como creación estable y evolutiva. Si ello sucede o sucediera la obra de Miró actualmente ya habla por sí misma, y la profunda lección de humildad esquivada que nos ha dado el artista hasta ahora, es un rico ejemplo a recoger por todos aquellos que han sensibilizado su mundo en la necesidad absoluta de lo actual. Miró no ha roto ningún molde — cuando tanto cataclismo ha habido en el arte actual — sino que simplemente ha vuelto al origen de las cosas, las ha visto quizá como las vieran quienes hace milenios luchaban por cimentar culturas, que posteriormente fueron formas rigurosas de vida. Pero en su forma de ver hay la sensibilidad del hombre civilizado que nos habla en formas y signos con un amor obsesionado y contagioso de la «forma poseída en esencia».

Miró no se ha limitado pues a romper sino a «componer» de nuevo a crearse un mundo personal entre el ya existente y la valoración subjetiva por medio de su profundo poder de selección, esta rara habilidad de odivinar la impresionante forma primaria entre el círculo vicioso de formas insustanciales.

De su exposición de grabados en las técnicas litográficas, aguafuerte y pictográfica, destaca esta última — la pictografía — que esta representada de una forma completa con más de 30 obras.

La pictografía — reproducción en colores originales — es una técnica que por su vivacidad y medios expresivos se presta grandemente a la reproducción fiel de la obra del artista cuya característica primordial, estos fondos ora suaves, ora intensos, pero siempre indefinidos, donde parece que se cloven estas formas indefensas ante toda intelección y toda realidad objetiva, como no ser un concepto humano de necesidad «insoslayable». Miró ha logrado un esquematismo cromático, una valoración inmediata del color, cuando lo más frecuente es que la forma, la estética

sea un primer paso para un posible conocimiento artístico.

En su obra todo es color y luz, y de estos conceptos arranca el origen «de las formas indecibles» la constante en toda su obra.

Expone también Miró una pintura ejecutada sobre seda de 10 x 0'40 m. «Makémono», realizada con los clásicos «colores inocentes», de que tanto gusta Miró, y con los que ha llegado a ser un maestro, simplificando hasta el máximo la corporeidad pálida de los mismos. Esta pintura responde a un insistente estado infantil en el que Miró ha persistido pese a su extensa experiencia pictórica. El título ya de por sí sugiere lo que decimos.

Cuando la búsqueda incansable se ha convertido en el arte contemporáneo más que en una meta en una verdadera razón de ser de algo primordial la obra de Miró respira soledad y silencio de oasis, pero creemos que también deja transparentar algo de cansancio, este cansancio grumoso e intitulado que se desprende de aquel que se ha encerrado en un arte intimista por el sentido agotador y horizontal del mismo.

La fidelidad a un sistema de vida y a un sentido esencial y humano ha marcado ya en el mundo de Miró su más alto exponente. El artista ha alcanzado la sublimación de su objetivo, y en esta marcha hacia la consecución de valores plásticos perennes, Miró ha dejado huella.

Miró ha acariciado el hallazgo.

Su arte nos ha hecho ver colores nuevos, remozados, incisivos bajo el sol amarillo de su personalidad humilde y abrasada.

Su arte en la suprema mudez de sí mismo ha alcanzado el hilo de Ariadna que le ha llevado a la locura alquímica, al convertir lo humilde y lo sencillo en profundidad gozada e inocente.

La inocencia contagiosa de Miró forma en su universo poseído de luz todo un teorema de dramatismo constructivo.

Su recreación nos acerca a los colores lípidos y extraños que verían los primeros días; sus formas son las de un demiurgo jugando en un olimpo desconocido. Su arte es la suprema lentitud, el retorcerse perenne que precede a toda creación de un mundo subjetivo. Miró, es esto. Quizá ya nada más.

LUIS BOSCH C.